

provincia de Misiones, dirigiéndonos sobre Cruz Alta, capital de esta provincia; de allí fuimos á San Gabriel, donde se estableció el cuartel general, y donde se construyeron barracas para el campamento del ejército.

Seis años de esta vida de aventuras y de peligros no me cansaron mientras estuve solo; pero ahora que tenia familia, esta separacion de todos mis antiguos amigos, y no sabiendo lo que se habian hecho mis padres despues de tantos años, me hicieron nacer el deseo de acercarme á un punto donde pudiera recibir noticias de los autores de mis días; todas estas afecciones reunidas en mi corazon me imponian el volver á tomar su curso. Añadid á esto que tampoco sabia nada de esa otra madre que se llama la Italia! La familia es poderosa, pero la patria es irresistible.

Me decidí pues á ir á Montevideo, á lo menos temporalmente, y al efecto pedí mi licencia al presidente, como tambien el permiso de hacerme un pequeño ganado de bueyes, cuya venta uno á uno debia todo lo largo del camino subvenir á mis gastos.

## XXXVI.

## CONDUCTOR DE BUEYES.

Héme pues conductor de bueyes.

En su consecuencia, en una quinta llamada *del Corral de Pedras*, con la autorizacion del ministro de hacienda, reuní en veinte días con indecible trabajo unos novecientos animales, completamente salvajes. Un trabajo mas grande se me esperaba en el camino, donde hallé obstáculos casi invencibles; el mas grande de todos fué Rio Negro, donde faltó muy poco para que se absorbiese mi capital. Del paso del rio, de mi inexperiencia en mi nuevo oficio, y sobre todo de las bribonerías de ciertos mercenarios que habia tomado como conductores, solo salvé unas quinientas cabezas del ganado, que, atendida la mala comida, el largo camino y los malos pasos, fueron juzgadas incapaces de poder llegar á su destino.

En consecuencia, resolví matar los bueyes para vender sus pieles, operacion despues de la cual, despues de cubrir los gastos, me quedaron unos cien escudos que sirvieron para hacer frente á las primeras necesidades de la familia.

Aquí debo de consignar un encuentro de uno de mis mas caros, de mis mejores y mas tiernos amigos.

¡Ay! Todavía uno que ha ido á esperar en un mundo mejor la restauracion de la Italia.

Acercándome á San Gabriel, en la retirada que acabábamos de ejecutar, oí hablar de un oficial italiano de grande talento, de gran corazon, de una esmerada [educacion], que, [expatriado como carbonario, se batió en Francia el 5 de junio de 1832, despues en Oporto, durante el largo sitio que le valió á esa ciudad el nombre de inexpugnable, y que en fin, obligado como yo á salir de Europa, vino á poner su valor y su ciencia al servicio de las jóvenes repúblicas de la América del Sur.

Se contaban de él grandes rasgos de valor, de sangre fria y de fuerza que me habian hecho repetir diez veces :

Cuando yo halle á ese hombre, será mi amigo.

Este hombre se llamaba Anzani.

Uno de sus rasgos, sobre todo, habia hecho gran ruido.

A su llegada á América, Anzani se presentó con una carta de recomendacion en casa de dos compatriotas nuestros SS. \*\*\*, comerciantes en San Gabriel.

Esos señores lo hicieron su factotum.

Anzani en esa casa hacia á la vez de cajero, tene-

dor de libros, el hombre de confianza; — mejor dicho, Anzani era el buen ingenio de la casa.

Como todos los hombres fuertes y valientes, Anzani era sosegado, dulce y amable.

La casa en la que él era el verdadero director era una de esas que no se hallan mas que en la América del Sur, y que tienen todo cuanto es posible imaginar, reuniendo en un solo comercio casi todos los comercios conocidos.

La ciudad donde residian nuestros compatriotas por desgracia estaba inmediata al bosque que servia de refugio á los Indios Bugres de quienes he dicho algunos palabras en el capítulo anterior.

Uno de esos jefes de los Indios se habia hecho el terror de esa pequeña ciudad, á la cual bajaba con su tribu dos veces al año, y la hacia pedidos á su gusto, sin que se le hiciera ninguna resistencia.

Principió á bajar con doscientos ó trescientos hombres, luego con ciento, despues con cincuenta, y cuando vió que el terror crecia estableciendo su poder, acabó por sentirse de tal manera dueño que bajaba solo, daba sus órdenes y manifestaba sus exigencias como si tuviera detrás de él su tribu pronta á poner la ciudad á fuego y sangre.

Anzani habia oído hablar de ese matamoros, y oído todo lo que se habia dicho, sin manifestar de

manera alguna su opinion sobre la astucia del jefe salvaje y sobre el terror que inspiraba su ferocidad.

Era tan grande este terror, que cuando se gritaba: «El jefe *di Mattos!*» se cerraban todas las puertas y ventanas como si se hubiera gritado un *perro rabiendo*.

El Indio estaba acostumbrado á esas señales de terror, que lisonjeaban su orgullo. — Elegia la puerta que mejor le parecia, tocaba y se le abria al punto; bien podia saquear la casa seguro que ni los dueños ni los vecinos ó habitantes de ella se le opondrían jamás.

Hacia dos meses que Anzani dirigia la casa de comercio desde la mas pequeña hasta las operaciones mas grandes con suma satisfaccion de sus patrones, cuando se oyó este grito:

— El jefe *di Mattos!*

Como de costumbre, todas las puertas y ventanas se cerraron con precipitacion.

Anzani se hallaba solo en casa, ocupado en hacer las cuentas de la semana, y no creyó que las voces que habia oido valian la pena de incomodarse; por consiguiente continuó su trabajo con la puerta y las ventanas abiertas.

El Indio se paró delante de esa casa que, en medio

del temor general que causaba su presencia, parecia indiferente á su vista.

Entró y vió detrás del mostrador un hombre que hacia sus cuentas.

Se puso delante de él con los brazos cruzados mirándole con admiracion.

Anzani levantó la cabeza.

Anzani era la urbanidad misma.

— ¿Qué se le ofrece á usted, amigo mio? dijo al Indio.

— ¡Cómo! ¿qué quiero? contestó este.

— Sin duda, dijo Anzani, cuando se entra en un almacén, es que se quiere comprar alguna cosa.

El Indio echó una carcajada.

— ¿Es que tú no me conoces? preguntó á Anzani.

— ¿Cómo quieres que te conozca, siendo la primera vez que te veo?

— Yo soy el jefe *di Mattos*, replicó el Indio des-cruzando sus brazos, y enseñando en su cintura un arsenal compuesto de cuatro pistolas y un punal.

— Muy bien, jefe *di Mattos*, ¿qué es lo que quieres? le preguntó Anzani.

— Quiero beber, contestó este.

— ¿Y qué quieres beber?

— Un vaso de aguardiente.

— Nada mas fácil; paga, y luego te serviré tu vaso.

El Indio echó una segunda carcajada.

Anzani arrugó ligeramente las cejas.

— Hé ahí, le dijo, la segunda vez que en lugar de responderme, te ries de mí. Yo no hallo eso cortés, y te prevengo que si te sucede otra vez, te echo á la calle.

Anzani pronunció esas palabras con un acento de firmeza que cualquiera otro que un Indio se las hubiera visto con él.

Acaso el Indio comprendió, pero se hizo el desentendido.

— Te he dicho que me dieras un vaso de aguardiente, replicó dando un puñetazo sobre el mostrador.

— Y yo te digo que pagues antes, repitió Anzani, ó sin eso no te doy nada.

— El Indio lanzó una mirada de cólera á Anzani, pero la de Anzani halló la suya; — el relámpago cruzó el relámpago.

Anzani tenia la costumbre de decir :

— No hay fuerza real mas que la fuerza moral. Mirad de frente, con arrogancia y obstinacion al hombre que os mira; — si baja la vista, sois su

amo; — pero no bajeis la vuestra, porque entonces será él vuestro amo.

La mirada de Anzani tuvo un poder irresistible. Fué el Indio el que bajó la vista.

Sintió su inferioridad; y, furioso de esa dominacion desconocida, quiso darse valor bebiendo algunas copas.

— Está muy bien, dijo, hé ahí medio duro, sírveme.

— Mi oficio es de servir á los que me pagan, respondió con serenidad Anzani.

Le echó un vaso de aguardiente.

El Indio lo tragó.

— Otro, dijo el salvaje.

Anzani le dió otro.

El Indio lo tragó como el primero.

Mientras hubo dinero para cubrir las libaciones del Indio, Anzani fué echando vasos sin hacer ninguna observacion; pero, cuando el bebedor hubo engullido por medio duro de aguardiente, paró.

— ¿Y ahora? dijo el Indio.

Anzani le hizo la cuenta.

— ¿Y ahora? repitió el salvaje.

— ¿Ahora ...? si quieres mas aguardiente, dame dinero, respondió Anzani.

El Indio calculó bien. Los cinco ó seis vasos de

aguardiente que bebió le devolvieron el valor que la mirada leonina de Anzani le habia hecho perder.

— Dame aguardiente! dijo echando mano á una de sus pistolas; aguardiente, ó te mato ...!

Anzani, que no dudaba que la cosa vendria á parar en eso, estaba preparado. Era un hombre de cinco piés y nueve pulgadas, de una fuerza prodigiosa y de una habilidad admirable. Apoyó su mano derecha sobre el mostrador, brincó al otro lado, y se dejó caer de todo su peso sobre el Indio, cogiendo con su mano izquierda el puño derecho de su adversario, sin darle tiempo para preparar su pistola.

El Indio no pudo sostener el choque. Cayó de espaldas, y Anzani se echó sobre él apoyando la rodilla en su pecho.

Entonces, Anzani le quitó las pistolas y el puñal que llevaba en la cintura y las echó por el suelo; quitóle igualmente la que tenia en la mano derecha, y á culatazos le aplastó la cara; en fin, cuando vió que el Indio, para servirnos de los términos del arte, tenia bastante, se levantó y á puntapiés lo echó á la calle, arrastrándolo hasta en medio de un arroyo, donde lo dejó.

En efecto, el Indio se hallaba en mal estado.

Se salvó como pudo, y no volvió jamás á San Gabriel.

Anzani habia cambiado su nombre por el de Ferrari, y bajo de este nombre hizo la guerra de Portugal. Su buen comportamiento y admirable conducta le hicieron ascender hasta el grado de capitán, y con el mismo nombre recibió dos heridas graves, la una en la cabeza y la otra en el pecho.

Tan graves, que al cabo de diez y seis años, murió de una de ellas.

La herida de la cabeza fué un tajo de sable que le abrió el cráneo.

La del pecho fué una bala que entró hasta el pulmón, y que mas tarde resultó una tisis pulmonar.

Cuando se le hablaba á Anzani de los prodigios de valor que habia hecho con el nombre de Ferrari, se sonreía y decia que ese Ferrari y él eran dos hombres diferentes.

Por desgracia el pobre Anzani, al mismo tiempo que ponía sus hazañas sobre la cuenta del ser imaginario que él habia creado, no podia mandarle sus heridas.

Este era el hombre de quien me habian hablado; este el que yo deseaba conocer, y el que yo queria fuera mi amigo.

En San Gabriel supe que se hallaba á unas sesenta leguas de allí. Monté á caballo y marché en su busca.

En el camino, á la orilla de un arroyo, hallé un hombre con el pecho desnudo y lavando su camisa; al instante comprendí que era el que yo buscaba.

Me acerqué á él, le di la mano, y le dije mi nombre.

Desde este momento fuimos hermanos.

Entonces ya no estaba en la casa de comercio; se hallaba como yo al servicio de la república de Rio Grande, mandando la infantería de la division Juan Antonio, uno de los jefes republicanos de mas nombradía. Como yo, dejaba tambien el servicio y se dirigia *al salto*.

Despues de haber pasado un dia juntos, nos dimos nuestros respectivos sobrescritos, y convinimos en que no emprenderíamos nada importante sin avisarnos el uno al otro.

Permitaseme una descripcion que hará conocer nuestra miseria y nuestra fraternidad.

Anzani no tenia mas que una camisa, pero tenia dos pantalones.

De camisas éramos tan pobres el uno como el otro, mientras que él era mas rico que yo de un pantalon.

Nos acostamos bajo el mismo techo, pero Anzani partió antes de amanecer y no me despertó.

Al despertarme, hallé sobre mi cama el mejor de sus dos pantalones.

Yo habia apenas visto á Anzani, pero era un hombre que se juzgaba á primera vista; así es que cuando entré en el servicio de la república de Montevideo, y se me dió el encargo de organizar la legion italiana, mi primer cuidado fué escribir á Anzani para que viniera á participar conmigo de este trabajo.

Vino, y no nos dejamos mas hasta el dia en que, tocando ya la tierra de Italia, murió en mis brazos.